



Capítulo 2 El largo brazo de la ley¹

Si un rinoceronte entrase en este restaurante ahora, no se puede negar que él tendría un gran poder aquí. Pero yo sería el primero en levantarme y hacerle saber que no tiene autoridad.

G. K. Chesterton

La carne es un rinoceronte

La ley del pecado es para los creyentes como el rinoceronte de Chesterton. La única regla moral que tiene autoridad sobre los creyentes es el reino y el reinado de Dios. El pecado que habita en el corazón es un usurpador del trono que, como el rinoceronte, puede a veces imponerse sobre nosotros. Aunque nos levantemos y le digamos que no tiene autoridad, nos puede embestir en el interior del restaurante.

La ley del pecado nos empuja del mismo modo que otras leyes motivan nuestra obediencia: con promesas y amenazas. ¿Recuerdas la ceremonia de la alianza en Deuteronomio 27 y 28? La mitad de las tribus de Israel estaba en las laderas del Monte Ebal, y la otra mitad en el valle del Monte Gerizim. Los que estaban sobre el Monte Ebal clamaban maldiciones sobre aquellos que desobedecían la ley; y los que estaban sobre el Monte Gerizim proclamaban bendiciones para los obedientes. Cuando existe una fuerza detrás de las amenazas y promesas que pueden hacerles bien, las personas son motivadas a obedecer.

Las recompensas del pecado

Los placeres del pecado son la recompensa que ofrece – recompensas por las cuales la mayoría de las personas venderían su propia alma. Hebreos 11:24 al 26 hace alusión a una batalla en el corazón de Moisés:

Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los *deleites temporales del pecado*, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón.

¹ Traducido de *O mal que habita en mim* (K. Lundgaard, 2004).



Primera Iglesia Presbiteriana de Santiago – EBD Clase Adultos
Estudio: El poder y la derrota del pecado
Tema: El largo brazo de la ley (Semana 2)

La batalla era entre la ley del pecado y la ley de la gracia. Las recompensas que el pecado ofreció a Moisés deben haber sido grandes: honra entre los egipcios, riquezas más allá de cualquier cosa que pudiese ver entre el pueblo de Israel, los deleites intelectuales de debatir con las más altas mentes de Egipto, los placeres sensuales de comida fina, mujeres y diversiones. Tú puedes ver en tu propio corazón, cuán convincentes y esclavizadoras son las recompensas del pecado. Moisés es uno de los pocos en quien las recompensas de la *gracia* prevalecieron.

Los castigos del pecado

Una cosa que Moisés enfrentó por no inclinarse al pecado, fue una vida de “maltratos” y “vituperios” (vv. 25, 26). Esas son las amenazas de castigo por la *desobediencia* a la ley del pecado (que es obedecer a Dios). Toda suerte de males, dificultades y peligros en este mundo son prometidos a aquellos que siguen a Cristo², y al pecado le encanta exhibirlos delante de los ojos de los creyentes.

Además del sufrimiento por seguir a Cristo, existen los sufrimientos de la cruz y de la auto-negación a las cuales los creyentes son llamados, y la difícil tarea de mortificar el pecado. El escritor de la carta a los Hebreos habla sobre resistir al pecado hasta la sangre (Hebreos 12:4). La vida de discípulo no es para el temeroso. La mayoría prefiere entregarse al pecado antes que optar por la dolorosa obra de tomar su cruz y en ella predicar a su carne.³

Un trabajo interior

Dante encontró a Brutus, Cassio y Judas en el más profundo pozo del infierno.⁴ Aquellos que son traidores, que ganan la confianza de sus amigos y luego los traiciona, son los más perversos de todos. El pecado que habita en nosotros es nuestro Judas.

La ley del pecado no trabaja en nosotros del lado de afuera. Lo llevamos dentro de nosotros. No se trata de una ley escrita, que simplemente nos dirige por decreto. Ella es innata – trabajando, compeliendo e incitándonos, desde las profundidades de nuestro corazón. Pablo la llama “el pecado que mora en mí” (Romanos 7:17), “el mal que está en mí” (v. 21), “otra ley en mis miembros” y “la ley del pecado que está en mis miembros” (v. 23). En el versículo 18 él dice: “Y yo sé que en mí, esto es, en mi *carne*”. Pablo *es* la ley del pecado, en cierto sentido.

Es por eso que, en la antigua alianza, Dios promete circuncidar el corazón de su pueblo (Deuteronomio 30:6), y, en la nueva, escribir su ley en sus corazones (Jeremías 31:31-33). De ninguna manera la ley escrita puede constituirse en una amenaza contra la ley del pecado que opera desde dentro. Agitar una copia de los Diez Mandamientos en el rostro de alguien que está dominado por el pecado y ordenar que se someta, es tan efectivo como intentar hacer saltar a un rinoceronte

² Ver, por ejemplo, Mateo 5:10-12; 24:9; Juan 16:33; Filipenses 1:29; 2 Timoteo 1:8; 3:12; 1 Pedro 4:12; Apocalipsis 2:10.

³ Ver los capítulos 11 al 13 para una demostración del difícil trabajo que es necesario para matar el pecado.

⁴ *Infierno*, Canto 34.



Primera Iglesia Presbiteriana de Santiago – EBD Clase Adultos
Estudio: El poder y la derrota del pecado
Tema: El largo brazo de la ley (Semana 2)

golpeando sus caderas con una ramita de hierba. El rinoceronte ni siquiera se dará cuenta. La gloria de la alianza de la gracia es que en ella la ley de Dios encuentra a la ley del pecado en igualdad de condiciones, donde la santa ley de Dios sacará la mejor parte.

El pecado entra debajo de nuestra piel

Es más, desde que la ley del pecado está dentro de nosotros, ella tiene algunas ventajas irritantes:

1. *El pecado que habita en nosotros es una visita inoportuna.* El pecado se estableció en nosotros y está en casa (Romanos 7:17, 20). Si el pecado nos visitase apenas de vez en cuando, como un pariente indeseado, podríamos hacer muchas cosas buenas mientras él está fuera. Si él fuese como un ejército que ataca, y luego retrocede por un momento, podríamos recuperarnos y fortalecer nuestras defensas durante el período de calma. Pero la carne es un agresor doméstico implacable.

Donde quiera que vas, o hagas lo hagas, la ley del pecado está contigo paso a paso – hagas las cosas mejor, hagas las cosas peor. ¿Cuántas veces piensas sobre el hecho de que llevas dentro de ti un compañero mortal?

2. *El pecado que habita en nosotros no guarda el sábado.* Justamente cuando Pablo estaba pronto a hacer alguna cosa santa y amable, el pecado estaba a su lado (v. 21). El pecado no es apenas un huésped permanente; es un entrometido miserable. Está siempre metiendo la nariz, mirando por encima de su hombro, cuchicheando en tu oído.

¿Quieres orar? ¿Oír un sermón? ¿Meditar sobre la Palabra? ¿Hacer una generosa donación para el Reino? ¿Apoyar a un hermano? ¿Resistir la tentación? Esa peste odiosa y perversa está frente a ti con miles de distracciones y sorpresas, asegurándose que no puedas alcanzar el bien que quieres (v. 18; Galátas 5:17). Y eso nos desespera.

3. *El pecado hace su trabajo sucio con mayor facilidad.* Una vez que el pecado trabaja desde dentro, “nos asedia” (Hebreos 12:1). No necesita de ayuda externa (aunque el diablo y el mundo siempre están dispuestos a darle una mano). No existe deber espiritual, nada bueno que te propongas hacer, sin que sientas el soplo de resistencia del pecado en tu rostro. ¿Dios te ordena a creer que él es bueno y sabio cuando pierdes a un amigo? El pecado dentro de nosotros actúa furtivamente sembrando la duda y la desconfianza. ¿Dios te manda que ayudes a un vecino en necesidad? Ahí está el pecado con la apatía y el egoísmo. ¿Dios quiere que anheles la segunda venida de Cristo? Ahí está el pecado, agitando delante de tus ojos las baratijas de este mundo.



Primera Iglesia Presbiteriana de Santiago – EBD Clase Adultos
Estudio: El poder y la derrota del pecado
Tema: El largo brazo de la ley (Semana 2)

¿Estás luchando contra el rinoceronte?

Si leíste este capítulo y ves un áspero cuerno inclinándose sobre tu alma, tu carne resoplando y con sus garras listas para atacar, hay esperanza. Cuanto más descubres el poder del pecado interior, menos sufrirás sus efectos. Porque cuanto mejor conoces este rinoceronte, más lo odiarás; y en la medida que lo odies – y no más que eso – conquistarás gracia contra él.

Pero si no estás lidiando con el cuerno del rinoceronte día y noche en la lucha contra el pecado, puede que hayas hecho las paces con el rinoceronte. Estás voluntaria y alegremente bajo su poder y dirección. En este caso, deberías dudar que hayas nacido de Dios. Ninguno que es nacido de Dios puede convivir en paz con el pecado (1 Juan 3:9). Te digo, por el bien de tu alma: ¡Corre a Cristo! Solamente él puede matar el rinoceronte que está dentro de tu corazón.